

Dios y El Mundo: Educar en y para la fe en un “supermercado de religiones”

Acaban de cumplirse 231 años desde que en la revolución francesa-madre de todas las revoluciones modernas- dio el grito de libertad, igualdad y fraternidad; un sueño de construir un mundo, un hogar, una familia humana sostenida por esos tres valores y con un denominador común: sin Dios. La libertad sin Dios se convierte en un azote que esclaviza y genera muerte; la igualdad sin Dios llega a convertirse en anulación de lo singular-personal convirtiendo a los sujetos en una masa irracional; y la fraternidad sin Dios no pasa de ser una filantropía utópica que genera frustración y pesimismo. No podemos partir del presupuesto de que Dios es enemigo del Hombre. Eso no corre por las venas de la humanidad, sí por la mente de algunos que reaccionan visceralmente ante lo evidente de una presencia silente y única necesaria: Dios.

Pudiéramos

afirmar que no hay nada más humano en la persona que la fe. Sí, la fe nos hace

humanos, la capacidad de elevar la mente, el corazón, la vida. La fe nos

permite trascender el plano de lo material-físico con su sino de fatalidad y

muerte, pues el mundo entero tiende al caos y la muerte; pero desde la fe, esa

fatalidad se transforma en esperanza, vida más allá de la muerte, sentido del

presente y comprensión del pasado.

La

fe como relación profunda del Creador con la creatura, del Padre con los hijos

abre camino al desarrollo de la persona y sus relaciones sociales; permite dar

orden al mundo y articular todas las experiencias, incluso las de dolor, para

percibir un sentido. Es verdad, la fe humaniza al hombre al hacerlo trascender

del plano natural hacia lo sobrenatural descubriendo una verdad profunda que

constituye el eje fundamental de toda existencia humana que se

reconoce como
tal: somos seres espirituales en cuerpos materiales y no
viceversa. Esta verdad
eleva al hombre de lo básico, instintivo y animal. No es verdad
que somos
“animales racionales”. Esa es una definición “progresista” de la
ciencia. La fe
nos permite reconocernos como hijos de Dios, hermanos de todos,
llamados y
convocados a vivir en su reino por medio de la fe en el Hijo
único que nos ha
hecho hijos. La fe viene a ser no solo una visión de Dios, sino
también una
visión del mundo y del ser humano; respeto, convivencia,
dignidad. Se traduce
además en un modo concreto de vivir y ser con los demás en el
mundo. El mundo
se convierte en hogar; la libertad, en posibilidad de ser y
amar; la igualdad
en reconocimiento de la singularidad de cada persona y su
dignidad como hijo de
Dios y la fraternidad se hace posible respetando las diferencias
de cada nación
y cultura. Todos estos significados vienen acuñados con un
término antiguo:
católico (en griego kata-holos, es decir, según todos). Por eso
toda fe, para
que no sea ideología esclavizante y sectaria, debe ser
necesariamente católica.

Como
consecuencia, la fe no es un valor secundario en el proceso de
crecimiento
humano y social. Por el contrario, es esencial y necesaria una
educación en la
fe y para la fe en orden a una armonización de todas las
dimensiones de la
persona: lo humano, lo espiritual, lo ético, lo relacional, lo
metafísico, lo
productivo exigen un horizonte de fe que haga a la persona
responsable de sus
acciones y decisiones y fortalezca el compromiso humano
garantizando su
pervivencia en el tiempo.

La
educación en la fe fortalece el entendimiento y comprensión de

la vida para no
ser rechazada y prepara para asumir la propia muerte y la de
nuestros seres
queridos; aleja el temor a la muerte al ser luz en la oscuridad.
Además,
plantea motivaciones profundas que sostienen e inspiran la ética
y moral de una
persona y sociedad. No por nada, el principio y origen de la
sabiduría humana
es el temor de Dios; a partir de esa relación fiducial y
reverencial con Dios,
que llamamos temor, la persona acoge la prudencia, sensatez,
profundidad en la
vida y supera la tentación de vivir efímeramente su existencia
como si fuera
una estrella fugaz sin origen, sentido y meta. La fe, por tanto,
ayuda a la
persona a “echar raíces”, es decir, a adquirir un fundamento
sólido que le
permite sortear todo tipo de dificultades, asimilar un sentido
mayor y triunfar
más allá del éxito inmediato.

Toda
persona tiene necesidad y derecho de ser iniciada en la fe. La
dimensión
espiritual es un eje antropológico imprescindible y no puede
llenarse con
cualquier elemento. Requiere cultivo constante desde la niñez
hasta la madurez,
pues en teoría debería crecer a la par del crecimiento de la
persona. La fe se
transmite de dos formas, fundamentalmente: 1. En la **escucha-
predicación** del
misterio de Dios y del hombre en diálogo existencial a través de
la palabra de
Dios y 2. En la **visión-testimonio** de la vida de fe de las demás
personas. De
esa manera aporta los dos componentes esenciales de la fe:
doctrina y vivencia.

De
lo dicho anteriormente emerge la necesidad de comprender que la
fe sólo puede
ser transmitida por: 1. **Maestros** que conocen en profundidad
los misterios de la fe, sus implicaciones, límites, oyentes
cualificados de la

palabra que les interpela, purifica, anima y fortalece. 2. **Testigos** que, cual evangelios vivientes, hacen creíble las verdades de fe, modelan la vida de las personas y se convierten en referentes fundamentales de la comunidad como sujeto creyente.

Finalmente, es necesario afirmar lo difícil de educar en la fe dentro del pluralismo religioso que encontramos. Cualquiera puede hacer la pregunta de Pilatos a Jesús: “*¿Quid veritas?*” A la cual sigue como respuesta el silencio de Jesús, pues la verdad brilla y se defiende a sí misma. La verdad de la fe nos es dada, no creada por nosotros al modo de fábulas imaginarias. De allí que tras la pluralidad o “supermercado religioso” al que asistimos, se esconden innumerables motivaciones y orígenes que deben ser discernidos a la luz de la verdad revelada y no manipulada según intereses o perspectivas subjetivas. Ciertamente desde el punto de vista ético, a nadie le es lícito crear una “religión a la medida de sus intereses, gustos, percepciones, necesidades” y venderla luego como trascendente y revelada, de origen divino. Una fe fundada en verdades históricas, bíblicas, maduras, es la mejor vacuna frente al “supermercado religioso” propio de nuestra era fragmentada y relativista que busca más sensaciones emotivas que salvación objetiva; busca más lo estético y hermoso que el compromiso con Dios; que se queda en las formas y no profundiza en los contenidos. El imperio de lo exterior y el abandono de la interioridad, lugar del encuentro íntimo con Dios. En el fondo, una ausencia y vacío de Dios y un exceso protagonismo del hombre; religiones sin Dios, pero con mucho espectáculo.

P.

